

embravecieron las gentes del Guijo! que, temerosas de que pudieran arrebatarse el cadáver, armadas de escopetas vigilaron el cementerio por espacio de muchas noches.

Fue un arranque, una manifestación de los guijarreños de auténtica explosión de cariño por tener en su pueblo los restos mortales del hombre bueno y simpático, del gran hombre que les protegía tanto y con el que habían convivido,

CORONADO EN LA TIERRA Y EN EL CIELO

Don Antolin Gutiérrez Cuñado, Vicario que fue de la Diócesis de Coria, natural de Roales del Campo, provincia de Valladolid —«villa por villa, Valladolid es Castilla»—, fino escritor y periodista, muy castellano, todo corazón, amigo íntimo del eximio novelista extremeño Antonio Reyes Huertas, era muy entusiasta de Galán por el que sentía la mayor admiración. Con el ilustre narrador de los Campos de Ortiga se puso de acuerdo para escribir un libro en colaboración. En este Reyes Huertas trataría la personalidad del lírico y Gutiérrez Cuñado —que se ocultaba tras el pseudónimo de «LEON ESPINEL DEL CAMPO»— la figura del hombre, pero el empeño no se llevó a efecto.

Cuando Gutiérrez Cuñado visitó la casa del poeta en Guijo de Granadilla, invitado por los hijos y vio en el despacho el retrato de Gabriel y Galán, una ampliación orlada con crespones negros, exclamó a la viuda:

—«Señora, fuera esos crespones, porque este hombre está ya coronado en la tierra y en el Cielo!

El canónigo vallisoletano dijo a la mujer y musa del poeta:

—Solamente he besado la mano de dos mujeres, la de mi madre y la Reina. Permítame que bese también la suya.

Y besó la mano a doña Desideria, quien no pudo ocultar su emoción.

En este anecdótico hemos presentado no pocos aspectos desconocidos del poeta y el hombre. Los consideramos del mayor interés para el mejor conocimiento de José María Gabriel y Galán, uno de los mejores vates contemporáneos españoles. Así podrá apreciarse adecuadamente en su quehacer poético y en su dimensión humana.

EN EL MISTERIO

(«*Deus absconditus*»)

Dios, Dios, Dios...

Suena como una herejía
al pronunciarte mi voz.

Dios, Dios...

Como armonía inefable
arrebataada de amor.

Dios, Dios, Dios...

Quema cual plomo encendido
tu nombre fuerte, Señor.

Dios, Dios...

Cual brasa viva que prende
el fuego de redención.

Dios, Dios, Dios...

¿Por qué estás en el misterio
para mi ciega razón,

Dios, Dios,

si en flecha de luz, sangrando,
te llevo en mi corazón?

Dios ¡Dios! ¡¡Dios!!

Fernando BRAVO Y BRAVO